

La maldición de los Labdácidas

¡« Le viene de maravilla » exclamaron asombrados todos! El perro se echó a reír tan fuerte que la casa entera osciló. Un crujido llamó mi atención: una grieta corría en la pared enfrente de mi como si la parte de arriba y la de abajo de la casita fueran a separarse. ¿Iba a derrumbarse nuestra casita? Mi puñetazo sobre la cabeza del perro paró el terremoto. Ladró lamentablemente. Si hubiera podido, habría puesto el rabo entre las piernas. Pero el perro, perjudicial peripecia, no perneaba persistiendo para perdurar otra pernoctación, no podía porque no poseía patas. Es por eso que a mi me encantan los helados de fresa (en griego en el texto). Cerbero, el perro de Hades, un monstruo de tres cabezas con una serpiente en lugar de cola e innumerables cabezas de serpiente en el lomo a menudo me manda una de sus cabezas para vigilarme.

¿Quién soy yo? Es una muy buena pregunta. Soy la mejor amiga de Popeye el marino. He intentado huir de la maldición de los Labdácidas siendo Olivia. Pero odio las espinacas. Ya lo he dicho, prefiero los helados de fresa. El rito, cuando uno es víctima de una maldición, es cubrirse con cenizas. Por eso me llaman la Cenicienta. Pero de verdad soy una princesa, hija de un rey: Edipo. Me llamo Antígona, la que Lacan, el analista famoso erigió en ideal ético. Soy el purísimo ideal de la estación rota en una lata de sardinas.

Mi hada madrina es un desastre. Ya es tiempo de tomar las riendas de mi propio destino. Mi padre fue abandonado siendo bebé y colgado de un árbol por los pies que habían perforado. Fue llamado Edipo que significa de pies hinchados en griego. Mis hermanastras, que calzan un cuarenta y siete como yo, no son mi hermanastras, sino mis hermanas. No mienten ni la genética ni las salamandras en mermelada. Cada día me unto con mermelada de salamandras para proteger mi cutis de las cenizas. Entonces, como dijo Lao Tseu : «No está él que se marchó ».

¡Pobre reina! El Rey quería esposar a mi madrastra malvada teniendo una melena larga de tonta. Fue muy fácil convencerla para hacer tonterías. Le pregunté:

- ¿Sabes lo que dijo el rey de la dueña del zapatito?
- Por supuesto, dijo como un poeta, los paraguas son las flores de los días lluviosos y el mar llora cuando los peces aficionados al fútbol hacen la ola .
- No, dijo: « Aquélla a quien este zapato entre como un guante, será mi esposa ».
- Sí, y seré su esposa como yema de huevo cocida en la escena de la zarzuela.
- No has entendido nada. Ha dicho «como un guante». , y has puesto el pie .
- Sí, para hacer esquí y coger plátanos... No eso es lo del cuento anterior... ¡Ah qué zarzuela en mi cabeza! Pero mejor zarzuela que limón en la oreja.
- Si debes calzar tu manos con los zapatitos, tienes que andar sobre las manos.
- ¡Qué buena idea! La acrobacia es mi especialidad. De niña era roja como la mantequilla. Nada es difícil para mí.

E intentó probármelo. Se impulsó hacia adelante y colocó sus manos en el suelo mientras levantaba las piernas. Se balanceó un poquito. Ya estaba. Vi que tenía bragas amarillas con encajes azules, medias naranjas con cocodrilos verdes. Su ropa interior ya era un espectáculo. Pero por lo de andar sobre las manos, se quedaba inmóvil.

- ¿Ya es de noche? No veo nada.

Por supuesto ya que su falda había obedecido a las leyes de la gravedad. El rey había venido a ver a su futura esposa querida.

- ¿Qué es eso? ¿Una flor venenosa?

Eso era. Levanté la falda y el rey vio los zapatos. Parecía muy sorprendido.

- ¿Es usted con quien bailé anoche?

Mi madrastra asintió con una voz ensordecida. El rey se sujetó la cabeza con las dos manos y tartamudeó

- Pobre idiota, mis recuerdos me engañan. O eso es una pesadilla. ¿De qué planeta viene esta criatura? No tiene forma humana. Vamos a ver. ¿Sabe usted bailar?
- Por supuesto, bailamos ayer.

El rey suspiró y a sus músicos les mandó empezar a tocar un valse. El que le gustaba más. Pero no sabía como coger a su pareja, no sabía donde poner las manos. Finalmente, ciñó los muslos que mi madrastra tenía gorditos. El rey acercó peligrosamente la nariz a los pies de mi madrastra.

- No sintió la misma cosa ayer, ¡cómo el olor es fuerte y extraño!. Muy muy fuerte y muy extraño... me gira la cabeza, me mareo, me desmayo...

El rey se desmayó.

- ¿Qué pasa? ¿Ya no bailamos?

Mi madrina intento avanzar y colocó el tacón de aguja en la palma del rey quien recuperó su ánimo, indignado por el crimen de lesa majestad. El rey se incorporó gritando de dolor. Mi madrastra, la sangre en la cabeza y la facultad auditiva disminuida por el espesor de sus faldas creyó que era un murmullo de amor.

- Amor, has dicho « Aquélla a quien este zapato entre como un guante, será mi esposa ». ¿Nos vamos a casar mañana? Hoy tengo que arreglar mi vestido de novia.
- Antes de la boda voy a regalarte algo estupendo que nunca te has atrevido a querer.

Los ojos de mi madrina ya reflejaban oro, joyas, piedras preciosas... Eso lo suponía porque estaban por debajo de las faldas.

- Sabes, cariño, que a mí el dinero me gusta mogollón, eres un amor, mua mua mua...
- No voy a regalarte dinero sino algo más precioso: una lección de gramática.
- Sí amor, sí hay adicción, oro es ética.

De «una lección de gramática» mi madrastra había deducido «sí hay adicción, oro es

ética ». Se estaba volviendo loca. Demasiada sangre le había bajado a la cabeza.

- Diciendo « Aquélla a quien este zapato entre como un guante, será mi esposa », usé el futuro. En nuestro maravillosísimo idioma, cuando usamos el presente para expresar el futuro, es que el futuro está seguro. El presente con valor de futuro, significa que la decisión está tomada. En cuanto a la perífrasis « ir a más infinitivo » es la expresión de un plan o intención o previsión. Y por último, el empleo del futuro simple me aleja del evento que tiene valor de virtualidad, hipótesis, deseo, poco seguro. Te daré otra lección... el año próximo,... quizás, quizás, quizás.

Mi madrastra no había entendido nada pero cuando se metió de pies y cuando vio que no había nadie, se puso a llorar. Lloró todas las lágrimas que su cuerpo era capaz de producir. Después de tres días enteros, se quedó totalmente seca y se marchó. Después de este acontecimiento la llaman la Locadrastra, porque gira continuamente alrededor del castillo cantando sin parar:

« Siempre que te pregunto
que cuando, como y donde,
tu siempre me respondes,
quizás, quizás, quizás ».

Y así pasan los días...»

Tan pronto como se fueron el rey y sus músicos, llegaron dos hombres un poquito raros. Parecían borrachos o drogados: ojos enrojecidos y exorbitados, dificultades para coordinar movimientos, aspecto somnoliento y atontado, excesiva calma y lentitud, nariz congestionada...

- ¿Dónde están los músicos? Tenemos que bailar el sirtaki, es muy importante
- ¿Quiénes sois?
- Somos los salvadores del mundo... estamos solucionando la crisis griega.
- Mi amigo el zapatero me ha echo zapatos para bailar con él . Es el jefe de los...
- Yo soy el jefe del PP...
- ¿No es el PSOE tu partido?
- No me acuerdo, vamos a reflexionar bebiendo ouzo. ¡Viva la crisis que nos permite descansar y beber con muy buenos amigos... ¿No está tu hija Mariano?
- ¿Por qué no te callas? ¡Bebe y cállate!
- ¡Qué me calle! Eres un hipócrita, eres un Iznogoud, me lo dicen mis espías.
- ¡Ah lo sabía! Estás demasiado borracho para fingir... ¿Sabes lo que dice La secretaria general del PP, María Dolores de Cospedal?
- No, una tontería supongo yo,
- Un chiste: dos niños juegan a "ser Zapatero". Cuando uno le pregunta al otro cómo se juega a eso, el otro le responde "muy fácil. El primero que se mueva pierde".
- Lo decía, una tontería, acabo de bailar,
- Eres un idiota, tomas todo al pie de la letra, no tienes ningún sentido del humor.

Y los dos amigos se alejaron peleándose... Pensaba que este cuento era un cruzamiento de personajes raros cuando oí una cabalgada y vi una nube de polvo acercarse. Un caballero surgió de la nube de polvo y se paró delante de mí. Un caballero bajó del caballo y me preguntó:

- ¿Dónde están los Dalton?
- Te has equivocado de cuento. Es otra máquina de escribir la de tu historia.
- ¡Joder! Con esta nube de polvo... tengo que encontrarla antes de que los Dalton ataquen el banco.... ¡Ven aquí Rantanplán!

El perro, nariz en el suelo, estaba buscando olores, investigaba como debe hacerlo un buen perro. Había detectado los olores dejados por Cerbero. El perro habló (es un secreto, sabe hablar de verdad, no lo digáis).

- He encontrado huellas de gato. Ha estado aquí un pequeño gato que me encantaría morder para enseñarle quien es el jefe.
- No seas más tonto que de costumbre. El último gato que encontraste te arrancó media oreja.
- Sí, pero era un monstruo y estaba escrito en el guión. Pero fuera del guión no tengo ni un pelo de tonto. Aquel gato, voy a comérmelo.
- Lo buscarás otra vez, tenemos demasiado retraso.

El perro seguía a su dueño bisbiseando palabrotas. Los cuentos tienen demasiados personajes y perdemos nuestro tiempo en decir tonterías. ¿Y yo? ¿Qué estaba diciendo antes de llegar los dos cómicos y de Lucky Luke? Ah sí, quizás, quizás, quizás... A mí no me gusta tener dudas. El escritor de este cuento, ¡Qué majadero! ¡Qué metepatas! Con lo de los olores de los pies de mi madrastra, con su bailar sobre las manos, me temo lo peor. Antes me decía: « mi destino ya está escrito, sólo tengo que seguir mi camino». Pero no es verdad. Tenía que escribir mi destino, tenía que elegir mi camino, tenía que casarme con mi príncipe. Pero en el baile, este gilipollas ni me había visto aunque hubiera hecho locuras. ¿Cómo raptar al príncipe? Si hubiera ido así al castillo sin invitación, me habrían echado a la cárcel... Se me ocurrió una idea: Podría intentar verle fuera del castillo, pero no detuvo su carroza para una Cenicienta. Entonces, hay que aprovechar su locura por la caza .

Es lo que hice. Cavé un profundo hoyo en la tierra. Había pensado cavar un agujero, pero Patricia hubiera escrito: « HOYO en la tierra, AGUJERO en la tela ». Siempre le busca tres pies al gato, y, ¿por qué no, a Cerbero también?... Me disfracé de conejo de manera muy sencilla. Había recortado dos grandes orejas en el periódico de la bolsa, porque a los reyes les gusta el dinero y las había atado a cada lado de mi cabeza, y me senté cerca del hoyo. Pronto oí a los perros ladrar. Había preparado bolitas de carne con somníferos y se las eché a los perros. Se las tragaron y pronto se durmieron. El príncipe se acercó y se extrañó:

- ¿Quién ha envenenado a mis perros?

Orgulloso sólo por haber tenido una idea, el príncipe recogió un trozo de bolita que un perro había escupido y para comprobar, se la comió. Fue una catástrofe. Este gilipollas

se duerme ahora, tumbado al otro lado del hoyo. Esperé dos o tres horas a que se despertara. La puesta del sol era maravillosa, ¿Qué se puede pedir más para mi encuentro con mi príncipe azul?

- Hola mi bonito conejo...
- No soy un conejo, soy una princesa.

Me quité las orejas y sacudí mis cabellos.

- Esto debe ser doloroso. No me atrevería a hacer eso. ¿Pero eres una princesa negra? No puedo hablar contigo, soy racista.
- Mira.

Con la mano, me quité las cenizas del rostro.

- ¿Eres un hada? Yo he tenido un hada madrina. Me hizo un hechizo cuando estaba en mi cuna. Dijo « este príncipe será el más inteligente » y antes de que sacara su varita mágica, otra hada que mis padres habían olvidado invitar, añadió: « del manicomio ». No sé porque lo dijo.

Ya me habían contado algo semejante. Y yo, no soy una heroína ordinaria, no soy como las otras esperando que el escritor ponga un punto final para ser felices. Tampoco soy como las mujeres mortales. Como lo precisa el adjetivo, las mujeres mortales se mueren. A la mujer mortal, la muerte le suelta si se ha casado mal. Pero yo, en el cuento, tendría que sufrir la idiotez del príncipe hasta que se olvide la estúpida costumbre de contarles historias a los niños para que se duerman. Tiene pájaros en la azotea. Supongo que este maricón es de la acera de enfrente. No ha intentado besarme. Afortunadamente, Yo soy un coco y se me ocurrió una idea estupendísima, le dije:

- Y yo, soy Minnie, la mujer de Mickey Mouse
- Minnie, la mujer que siempre he querido que sea mi mamá...

El príncipe abrió sus brazos, dio un paso adelante y se cayó en el fondo del hoyo. Una vez más había evitado lo peor. Pero lo peor habría sido también seguir mi camino según lo escrito por la mitología. Una vida tan horrorosa que los psicólogos dan mi nombre a un complejo: fijación excesiva en la figura de la madre e incapacidad para aceptar las leyes de la vida y del amor. Según la mitología y la tragedia de Sófocles, Antígona consagró su vida a cuidar de Yocasta y Edipo: sus padres. Es una mentira, si no hubiera dejado a mis padres, no estaría aquí y no tendría ganas de ahorcarme. Quiero encontrar un hombre fuerte y viril.

- Estoy aquí
- ¡ Huy, qué susto! Estaba pensando.
- Lo sé, pensabas en mí, todas las mujeres piensan en mí.
- ¿Y no estás casado? Sí y tengo unas treinta amantes sin hablar de los ocasionales, pero eso no importa, lo que importa es que soy Emiliano Zapata.

Este orgulloso personaje, creía que iba a enamorarme de él en sólo oír sus nombre y apellido. Además era un hombre infiel y feo con bigotes ridículos, ojos exorbitados, y un sombrero enorme. Le hundí el sombrero en la cabeza y

aproveché su ceguera para huir. Buscaba a mi príncipe, buscaba... ¡Él! ¡Allí!

Tan pronto como lo vi fue un flechazo. Estaba en otra máquina de escribir. Tomé impulso salté y aterricé cerca de él, el hermoso. Ahora me llamo Juana y soy princesa, mis padres son Fernando II el católico e Isabel la católica y voy a casarme con Felipe el guapo, el más hermoso del mundo, su belleza es increíble. Voy a ser querida por un marido muy fiel, y voy a vivir a un suntuoso castillo. Dejo el destino en mi propias manos. He cambiando por bendición, la maldición de los Labdácidas.

Por fin...

Antón Terías mayo de 2010